

Banderas detrás de la niebla

Luis Muñoz

En «Elogio del refrenamiento», artículo que sirve de epílogo a la antología del mismo título publicada por la editorial Renacimiento en 2003 y cuya primera versión había aparecido en la revista peruana *Quehacer* (1999), José Watanabe explica cómo se formó su conciencia de ciudadano mestizo, de hijo de padre japonés y madre peruana, y cómo en esa conciencia soñadora y a la vez pragmática está la base de su temperamento y de su poesía. El padre, que trabajó como agricultor en los latifundios azucareros de la costa del Perú y que posteriormente fue restaurador de vírgenes y de santos domésticos a pesar de ser budista, les infundió al poeta y a sus hermanos —de manera tácita, porque nunca lo hizo expresamente— el valor de la dignidad ante lo adverso, de la discreción en el uso de la palabra y una especie de constante anclaje interior que les sirvió de ejemplo en situaciones diferentes de sus vidas. De la madre sin embargo, Watanabe dice que admiraba, sobre todo, sus frases alusivas a lo cotidiano que «de pronto alcanzaban la densidad de lecciones morales a veces despiadadas», frases que se le quedarían circulando para siempre en los caminos de su memoria y que contenían en ocasiones una especie de raíz de antigua sabiduría popular, como por ejemplo —recuerda— »la olla de barro se hace más dura en el fuego».

En ese mismo artículo, Watanabe afirma que el estilo del poeta no nace de las influencias literarias, del efecto de las lecturas, sino de su temperamento personal, es decir que para entender su poe-

Banderas detrás de la niebla, José Watanabe, Valencia, Pre-textos, 2006.

sía, más que a los distintos movimientos estéticos peruanos contemporáneos a él —como los que se encarnaron en las propuestas de los grupos «Hora Zero» o «Estación Reunida»— o más que a cualquier tradición poética en español o en cualquier lengua, hay que acudir a su modo de ser, a su temperamento, ese compendio que surge de la tensión central de sus primeros años, lo japonés frente a lo peruano, la realidad soñada, conocida a través de los dulces testimonios del padre frente a la realidad cotidiana, a menudo abrupta, vivida cada día.

Watanabe es autor de los libros de poemas *Álbum de familia*, *El huso de la palabra*, *Historia natural*, *Cosas del cuerpo*, *El guardián del hielo*, *Habitó entre nosotros*, *La piedad alada* y el recientemente publicado *Banderas detrás de la niebla*, además de haber trabajado como guionista cinematográfico, de ser autor de una versión de la *Antígona* de Sófocles y de haber preparado junto a Amelia Morimoto y Óscar Chamba *La memoria del ojo*, volumen que recorre la historia gráfica de cien años de presencia japonesa en el Perú.

Con sus libros de poemas ha construido un territorio lírico de características propias, de tonalidad inconfundible, en el que lo material es a menudo el conducto que lleva hasta la fibra espiritual y en el que lo plástico suele ser el punto de arranque del motor del pensamiento. Son operaciones que pueden seguirse una y otra vez, de manera muy rica en matices, en los poemas de cada uno de esos libros, como también puede seguirse, como una especie de ruta paralela, el uso de dos registros expresivos que en *Banderas detrás de la niebla* alcanzan una originalidad y una maestría extraordinarias: el poema narrativo que cuenta una anécdota y la trasciende, y el derivado del haiku.

José Watanabe conoce muy bien los mecanismos arquitectónicos y sensoriales del haiku. Cuando era niño, su padre, además de mostrarle las virtudes del refrenamiento personal, se los traducía en el corral de su casa rodeado de patos y de pollos. Posteriormente, con el transcurso de los años, el poeta se ha ido convirtiendo en un profundo y memorioso conocedor del género y ha desarrollado un tipo de poema que sin ser propiamente un haiku, sin responder estrictamente a su construcción métrica, sí participa con plenitud de su delicada atmósfera. En *Banderas detrás de*

la niebla hay algunos ejemplos magistrales de este tipo de composición, como el titulado con el nombre de uno de los grandes autores del haiku, «Basho», en el que juega con un célebre poema suyo: «El estanque antiguo,/ ninguna rana./ El poeta escribe con su bastón en la superficie. / Hace cuatro siglos que tiembla el agua». Y hay también poemas imborrables que trascienden una anécdota o una historia, como «Responso ante el cadáver de mi madre», que construye con absoluta pericia una escena de dramatismo luminoso en que unos hijos no saben cómo hacer para que el cadáver de su madre tenga alegría.

Banderas detrás de la niebla es un libro orgánico dividido en cuatro apartados –«Riendo y nublado», «Banderas detrás de la niebla», «Otros poemas» y «El otro Asterión»– y es también un libro que se detiene cuidadosamente en lo orgánico. Contiene poemas edificados sobre sensaciones rellenas de tejidos vivos: un vértigo antiguo que el poeta duda si pudo haber sido la visión real de una serpiente, la contemplación de unos frascos con nonatos en un hospital que consiguen que el sol le repugne, una anotación sobre la música de la sangre escuchada por los médicos con el estetoscopio o una radiografía de los pulmones del poeta que llega como el envío de las últimas noticias sobre sí mismo.

El poema final, «El otro Asterión», recrea en cuatro partes el mito del minotauro contado por Ovidio y revisitado por Borges, y lo hace con una claridad y una fidelidad refrescantes que no dejan de buscar conexiones entre lo corpóreo y lo incorpóreo, entre lo orgánico y su sentido. «En ti se cumplió la más honda biología, el deseo/ que se realiza como en el sueño/ donde lo atroz es una feliz inconciencia./ En ti está la otra belleza,/ la que encendió a tu madre, / la que podría desordenar el mundo», escribe. Como la poesía, el monstruo mezclado de hombre y toro es también la propuesta de «otra belleza» con capacidad para desordenar, a su manera, el mundo. **C**